

SOCIEDAD, EDUCACION Y CIENCIAS SOCIALES.

Dr.C. Gerardo Ramos Serpa¹, MSc. Adriana López Falcón²

*1. Universidad de Matanzas, Autopista a Varadero km 3,
Matanzas, Cuba.*

*2. Universidad de Matanzas, Autopista a Varadero km 3,
Matanzas, Cuba.*

Resumen.

En el trabajo se muestra la relevancia de los fenómenos de las ciencias sociales y la educación en su interdependencia, así como en su correlación e integración con la sociedad para poder facilitar tanto una adecuada comprensión de los mismos como para viabilizar su implementación efectiva y pertinente, en aras del perfeccionamiento social, del ser humano y de la calidad de la propia educación.

Palabras claves: Educación; Sociedad; Ciencias Sociales.

Introducción.

Debido a la significación y trascendencia de la educación en la preparación del hombre para la vida es necesario reflexionar acerca del lugar y las funciones de la educación en el mundo de hoy, escoltada por dos importantes presupuestos o factores con los cuales interactúa en su despliegue y realización: el contexto social en el que se desenvuelve y los puntos de referencia que le debe ofrecer las ciencias sociales.

Pudiéramos partir de la distribución espacial en forma de triángulo de estos tres elementos: ciencias sociales, educación y sociedad, e irnos introduciendo paulatinamente en los vasos comunicantes que entre ellos existen.

Iniciamos las consideraciones apreciando los vínculos recíprocos entre la sociedad y las ciencias sociales, para tomar en cuenta con posterioridad su proyección sobre la educación.

Desarrollo.

En principio, la sociedad debe emplear a las ciencias sociales para poder realizar una especie de autoconocimiento de sí misma. Del mismo modo que los instrumentos de rayos X permiten escudriñar al interior del cuerpo humano, todo el espectro de las diversas disciplinas que conforman las ciencias sociales deben ofrecer en cada momento una radiografía lo más exacta posible del funcionamiento del cuerpo social, del estado de su salud y detectar eficientemente sus disfunciones, malestares y anomalías. Tan irracional como puede ser que el organismo humano no quisiera ubicar sus órganos afectados y curarse, lo sería si el organismo social no empleara eficientemente el insustituible medio que le ofrece las ciencias sociales para mantener su vitalidad.

Es por ello, simplemente, que la propia sociedad debe encontrarse interesada en que las ciencias sociales encuentren un marco propicio para su desarrollo y florecimiento. De aquí que la tecnologización de la vida social así como de la educación corren el peligro de maniatar y empobrecer a este instrumento.

Más allá de los recursos financieros dedicados por la sociedad al progreso de las ciencias sociales, lo cual no deja de hacer explícito una voluntad determinada, la sociedad debe permitir y favorecer la inserción de las ciencias sociales en sus más variados y recónditos intersticios, así como aplicar su recomendaciones adecuadamente avaladas, para de este modo contrarrestar el efecto negativo de los resultados del funcionamiento social y mantener rejuvenecido tanto su cuerpo como su alma.

La valoración crítica del funcionamiento de la sociedad por parte de las ciencias sociales constituye la medicina, debiera ser preventiva, que encauce adecuadamente los modos en que la propia sociedad se encargaría de solucionar sus problemas.

Ante todo, el conocimiento científico social elabora una visión de cómo es la sociedad y de cómo ella debiera ser, en virtud de la cual ofrece una especie de patrón para contrastar permanentemente la sociedad lograda con la sociedad que se requiere.

Por supuesto que nos referimos aquí a la validez de las elaboraciones y propuestas de aquellas ciencias sociales que logran reproducir la naturaleza esencial del objeto social tal y como éste es, coincidiendo con la tendencia del movimiento ascendente que requiere la sociedad en función de superar sus desigualdades e injusticias en interés de las mayorías, y no a aquella pseudociencia que tergiversa, ideologiza reaccionariamente y edulcora una imagen social en función de la conveniencia y los privilegios de grupos minoritarios de poder.

A partir de lo anterior adquiere sus peculiares contornos el desenvolvimiento de la actividad educativa y el cumplimiento de sus insustituibles funciones en la sociedad.

Las formas de alienación que aparecen en la vida social de los hombres, y que intentan reproducirse en el proceso de educación mediante diferentes modos, trayendo como resultado la conformación de individuos pasivos, no aptos para su inserción en la sociedad, simples reproductores de un status social invariable, deben ser superadas para poder realizar la función social que le corresponde a la educación.

Del mismo modo que durante los 9 meses de gestación el feto del niño recorre de manera abreviada toda la escala del desarrollo progresivo del mundo viviente hasta alcanzar su peldaño superior en el individuo como sujeto social consciente, así mismo, el proceso educativo debe realizar el encargo social (que no puede ser espontáneo ni arbitrariamente logrado) de hacer transitar al individuo de manera concentrada por los distintos momentos del desarrollo cultural de la humanidad, de modo tal que éste se encuentre apto para incorporarse al momento histórico en que le correspondió vivir y capacitado tanto para comprenderlo como para transformarlo.

Con ello, los valores socialmente aceptados se reproducen y adecuan a los valores educacionales, sin olvidar que estos últimos pueden y deben permanentemente materializar y contemporaneizar los nuevos valores sociales con los requerimientos de la dinámica del propio cambio social, influyendo así activamente sobre el entorno que rodea al sujeto.

No obstante, tal convicción no es absolutamente aceptada en ocasiones. Así, el destacado pedagogo brasileño Moacir Gadotti afirma: "Iniciamos el siglo XX con una enorme esperanza depositada en la educación. Pero estamos llegando al final del siglo con una crisis mundial en la educación, donde el optimismo pedagógico de inicios del siglo fue sustituido por el descrédito" (Gadotti, 1990, 151).

Es cierto que la correlación entre la dinámica de las necesidades sociales y el nivel de respuesta y cambio por parte de la educación a las mismas no es automática ni directamente proporcional.

En reiteradas ocasiones la reacción educacional ha sido insuficiente o demasiado lenta, quedando a la zaga de los requerimientos en diversos momentos del devenir social. Como se ha dicho: “Una educación que no cambia aquello sobre lo que actúa no es una verdadera educación; a lo sumo merece el nombre de base de datos” (Roy, 1992, 7). Pero ello no significa que sólo casual o esporádicamente la educación deba influir positivamente en el desarrollo de la sociedad. Por su propia naturaleza, según ha sentenciado el pedagogo y Héroe Nacional cubano: "Educar es depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido, es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente; ... es ponerlo a nivel de su tiempo, ... es preparar al hombre para la vida" (Martí, 1961, 120).

Coincidentemente con lo anterior, estudiosos y educadores reunidos en un simposio sobre educación superior y desarrollo reafirmaron la siguiente tesis en relación con el papel en particular de la universidad, y que aún mantiene su vigencia: "Sentir el pulso de la realidad social; ponderar y evaluar síntomas y signos; identificar problemas y prever su evolución son tareas inherentes a la Universidad, son tareas que la caracterizan como una entidad responsable de identificar las condiciones y las circunstancias que ameritan la reorientación del rumbo, la innovación o el cambio" (Gago, 1989, 11).

Debido a que objetivamente la realidad social cambia, y muchas veces de manera acelerada, entonces la calidad y eficiencia de la educación se vincula más que todo a su capacidad para preparar a los profesionales, a través de su actividad creadora e independiente y de su aptitud para la toma de decisiones, a un mundo no tanto igual al del momento dado como al mundo del futuro, a la realidad porvenir que se gesta y proyecta desde el presente.

Para que la educación pueda cumplir con tales fines ella debe hacerse cada vez más científica constantemente, tanto a través de la actualización de sus contenidos como de la claridad de fines, objetivos, estrategias y medios para alcanzarlos, a lo cual contribuyen decididamente las ciencias sociales.

De la correcta comprensión que de la sociedad y sus requerimientos posea la educación, dependerá en gran medida el éxito de su misión social. Y ello debe asentarse en los principios de científicidad y objetividad que ofrecen el conocimiento científico-social serio y riguroso.

Precisamente, las ciencias sociales deben orientar el rumbo de la educación al prefigurar el tipo de sociedad y de individuos que se requieren para cada caso.

Quienes con toda honestidad y sinceridad se preocupan debido a que consideran que la educación nos debe preparar para lo desconocido, en tanto el futuro aparece incierto por los cambios permanentes y aún más profundos del mundo de hoy, no deben olvidar que siempre la conducta del individuo se guía por y hacia fines (de manera consciente o inconsciente) y que es precisamente tarea de las ciencias sociales conformar los ideales de sociedad que, aún en lontananza, sirven de faro en medio de las penumbras.

El ideal auténtico constituye la imagen del fin de la actividad antes de su realización práctica, sobre la base de su correspondencia con las leyes objetivas del devenir social.

El ideal válido no es una simple ficción, sino que reproduce la existencia de necesidades maduras pero no satisfechas.

Nuestra acción cotidiana se encuentra permeada por los ideales que compartimos (ya sean elaboradas por nosotros o impuestos por otros). No se trata de una cuestión teórica, sino práctica. Desde el ideal del neoliberalismo y la dependencia hasta el ideal de la soberanía de los pueblos y de la dignidad humana, todo nuestro entorno y la conducta que mostramos se encuentran objetivamente condicionados por unos u otros ideales.

No se trata, pues, de elegir si tener o no ideales, sino que la cuestión reside en qué ideal es el que asumimos. De aquí la enorme significación que posee el que las ciencias sociales elaboren un adecuado ideal, que no orientará la actividad de los sujetos en general, sino en sus campos específicos, uno de los cuales será entonces el de la educación.

En la actualidad del continente latinoamericano y de su educación superior ello se expresa por ejemplo en la cuestión del tipo y la finalidad de la actividad educacional de este nivel a ofrecer, al respecto de lo cual se ha planteado que "... hoy en el continente recorren dos opciones de educación superior enfrentadas. Por un lado, aquella que propone poner la educación superior al servicio del mercado; por otro lado, un tipo de educación superior puesta al servicio de la sociedad" (Ramiro, 2008, 251).

Los ideales educativos no deben entenderse como vacía envoltura abstracta o elegante formulación terminológica de moda, sino como expresión de, precisamente, las necesidades maduras pero no satisfechas.

Múltiples son las insuficiencias o inconformidades que se plantean ante la educación.

El problema fundamental ha sido expresado al decirse que "el saber se vuelve incomprensible para la existencia".

En nuestro modo de ver las cosas, aquí reside el núcleo de las dificultades de la educación y el punto de partida para enfrentar la solución a cada una de ellas.

Mientras la educación no se conciba como una actividad engendrada en lo más profundo por los requerimientos del desarrollo social, y orientada hacia la humanización del mundo que rodea al ser humano, pero que es a la vez su producto, no pasaremos de las posiciones iluministas o ilustradas.

La bandera, por varios sostenida, de "educar para la acción", más allá de un simple pragmatismo y utilitarismo, nos hace ver que la educación no es un fin en sí mismo, sino un medio para alcanzar la realización del individuo como personalidad, todo lo cual interactúa, por supuesto, con el tipo de sociedad en que ello tenga lugar y con la visión que de lo necesario y posible ofrezcan las ciencias sociales.

La existencia de una personalidad deformada o limitada en los individuos, de lo que con frecuencia nos quejamos, es en gran medida reproducción de las también limitadas condiciones y relaciones sociales en las que nos desenvolvemos.

La educación debe, por tanto, en función de la preparación del individuo para la vida, tener en cuenta en primer lugar los problemas, las dificultades reales que desde el campo de la física o la química, hasta la economía y la historia deberá enfrentar este individuo y prepararlo, capacitarlo, esto es formarle la aptitud de adecuar su actividad a la naturaleza esencial de toda esa diversidad de objetos, tanto naturales como sociales, con los que ininterrumpidamente interactúa. Para ello se asienta en el nivel con que

previamente se ha podido detectar y comprender las contradicciones que impulsan el devenir de los objetos y procesos de la realidad.

Entonces, los conocimientos que transmite la educación serán, más que descripciones de fenómenos, instrumentos para la modelación y transformación de los mismos.

De lo que se trata, al decir del prócer cubano José Martí, es de estar "con el remedio al pie de la demostración".

Pero ello no puede cumplirse si ofrecemos primero los conocimientos pasivamente, como conjunto de definiciones ya hechas y consumadas, y sólo después solicitamos que se empleen, sin haberlo hecho nosotros mismo como educadores.

Los conocimientos transmitidos durante la educación deben ser mostrados como las soluciones trabajosamente logradas por los individuos en el curso de su enfrentamiento a los problemas prácticos y concretos de la vida real. Difícilmente podremos encontrar conocimientos adquiridos como mero disfrute intelectual o por simple ocio improductivo. La historia de la ciencia y de la tecnología mucho nos puede enseñar en esta dirección. Estudiémosla para ver en ella no la simple colección de descubrimientos o la sucesión cronológica de ideas interesantes sino para reconocer allí los pasos que, entre triunfos y reveses, le permitieron al ser humano ir dominando a la naturaleza y a las propias fuerzas sociales.

Entonces, con toda naturalidad, tales conocimientos podrán ser adecuados y empleados en la solución de los problemas que ante sí tienen los individuos.

Con ello, también desaparecerán las dañinas e inútiles verdades eternas y el conocimiento científico con que la educación nos enriquece será muestra del camino transitado en cada época y ante peculiares circunstancias y válido, por tanto, para contextos similares, que provocan necesariamente la renovación y el perfeccionamiento de las ideas logradas.

Todo lo anterior se expresa de modo muy específico en los programas de estudio.

¿Qué son estos en realidad? Pues, no otra cosa que la adecuación pedagógica de los resultados más valiosos y útiles alcanzados por el conocimiento humano y puestos a su disposición por su empleo socializado.

Tales programas deben superar las estrechas limitaciones impuestas por los criterios eminentemente personales, los gustos, el empirismo vulgar o los ideologismos políticos de minorías, y satisfacer las necesidades profesionales y prácticas que, sin olvidar el presupuesto teórico sino precisamente usándolo como medio, se sustentan en las demandas y prioridades sociales para cada momento histórico-concreto.

Como reconoce el informe mundial de la UNESCO en el año 2010 "...no es conveniente un plan de estudios basado en la normalización de los procesos y el contenido del aprendizaje —el enfoque según el cual a ‘todos les conviene lo mismo’ —, ya que no atiende las necesidades de los educandos en el contexto de sus vidas. En realidad, los modelos nacionales de educación escolar, y la propia noción de procesos de aprendizaje normalizados, han creado en ocasiones diferencias inmensas entre lo que aprenden los alumnos y lo que viven" (UNESCO, 2010 b), 104).

Mostrando la significación y el valor que posee el que el diseño curricular de los planes y programas de estudios cumplan con los rasgos positivos que promuevan una educación de calidad y social y humanamente pertinentes, el World University Service recomendó, en un estudio acerca de la educación en los países en desarrollo, que el avance de tales programas " debe referirse a la historia y a la cultura del pueblo y debe ofrecer las bases para un análisis crítico y un pensamiento independiente. El currículo debe tener un desarrollo que se encamine tanto a facultar económicamente a los miembros de la comunidad prestándole atención a las normas de habilidades requeridas para el desarrollo de sus sociedades, como a propiciar la participación total en la vida cívica y política" (Graham-Brown, 1991, 307).

La conformación de un programa de estudio determinado desempeña la trascendente función de modelar, objetivamente, una concepción del mundo dada y una manera de enfrentar la realidad. De ahí su importancia.

El éxito y la confirmación de la eficacia de un proceso educativo residen en la conformación de un pensamiento creador. No obstante, hay que reconocer que en muchos casos esto es sólo un anhelo no realizado.

La enseñanza memorística y repetitiva, la falta de creatividad y el formalismo académico aún hacen acto de presencia entre nosotros. Por ello adquiere toda su vigencia la máxima martiana de luchar porque las escuelas sean, más que talleres de memorizar, casas de razón.

Y de ello somos responsables, ante todo, los propios educadores. Hay que comenzar reconociendo que la falta de creatividad es un estado no natural del pensamiento humano, que resulta de la deformación sufrida por la acción del entorno familiar, educativo y/o social.

La existencia de un pensamiento creador exige, ante todo, de una capacidad crítica, entendida ésta en sentido amplio, es decir, como distanciamiento necesario entre las propuestas o alternativas que tenemos por delante y nuestras apreciaciones, de su justa ponderación y de la contrastación de su validez teórica y práctica.

Otro ingrediente importante del pensamiento creador lo es el de la capacidad de valorar. Con frecuencia reducimos lo que debe ofrecer la educación sólo a la instrucción, y en realidad la educación debe ser preparar para la vida.

Precisamente, la vida se encuentra, toda, permeada por las permanentes apreciaciones que realizamos de nuestro entorno y de nosotros mismos y tan difícil como aprender a conocer adecuadamente un objeto determinado, lo es también aprender a valorarlo.

La valoración, en tanto componente necesario inherente a toda actividad humana, constituye el reflejo de la significación que para nosotros poseen los fenómenos con los que interactuamos. De aquí que poseer adecuados patrones valorativos también representa estar bien educado.

Pero el fin último de la educación en el plano formativo, y a la vez índice de primer orden del pensamiento creador, es lograr que el individuo se apropie de un método. Cuando empleamos los conocimientos no para encasillar dentro de él a los hechos o para imponérselos como etiquetas a la realidad, sino por el contrario, para orientar

nuestro accionar frente a la diversidad de objetos y personas con los que nos interrelacionamos, entonces es que trascendemos la simple información o instrucción y podemos decir que realmente hemos logrado la educación y la formación de una personalidad.

El método significa la adecuación de nuestra actividad a la naturaleza esencial de la realidad, y el mismo es muestra de la capacidad que ha ido logrando la persona de no permanecer rígida o anquilosada en sus normas y estilos de conducta, sino en flexibilizar y ajustar sus patrones de interacción a los prácticamente infinitos fenómenos y procesos con los que nos vinculamos constantemente.

En la medida en que los conocimientos adquiridos mediante la educación sean más rigurosos, exactos y profundos, los mismos operarán como adecuados y eficientes métodos, tanto para conocer como para transformar la realidad.

Y con esto último nos referimos a otro de los momentos más importantes de todo pensamiento creador al que debe aspirar a formar la educación: la capacidad de transformar el entorno que rodea al sujeto y a éste mismo.

La educación presupone la formación no de eruditas máquinas reproductivas, sino la conformación de individuos que, a tono con las exigencias del momento, sean capaces de cambiar el estado de cosas en función de promover el avance de la sociedad hacia un plano superior. Y el índice objetivo de ello lo ofrece el bienestar real, material y espiritual, de las mayorías de la sociedad.

Al interior del proceso académico la eficacia de la educación se mide y precisa a través de la evaluación.

Conocidas son las insatisfacciones acerca de la evaluación, al ser empleada esta para comprobar únicamente la capacidad de memorizar y repetir las tesis dictadas o leídas por el maestro y que sólo adquieren una expresión numérica cuantificada.

Una manera de acercar la educación a la vida es, precisamente, que se evalúe, más que la mera adquisición de conocimientos, la formación de la capacidad de emplearlos de manera activa como instrumentos para la solución de problemas. Ello exige como prerequisite que los propios conocimientos que se impartan se ofrezcan en este mismo sentido, es decir, como medios activos para solucionar las cuestiones acuciantes de la existencia de los individuos.

De lo contrario, ofertaremos elevadas calificaciones en las instituciones educativas y la vida se encargará de reprobarnos en la práctica a nuestros estudiantes.

El desempeño eficaz de la labor educativa le exige a los maestros la superación de las fronteras de los textos y manuales al uso y la apropiación de manera independiente y activa de los más recientes resultados de la ciencia y de la propia pedagogía, en función de su formación y actualización permanente, pensando y buscando con cabeza propia ya que, en fin de cuentas, la educación es un arte donde el escultor le imprime su sello al intelecto y al carácter de su obra.

En el mismo sentido, el estudiante no es un ente pasivo, simple cera o barro, donde se deja constancia de una acción sobre él, sino que el propio estudiante debe desempeñar un activo papel como usuario y beneficiario inmediato, que debe permanentemente

evaluar la calidad del proceso, a partir de su utilidad, nivel de motivación, actualización e integridad. Independientemente de las limitaciones que como educando posea, el estudiante puede contribuir ágil y profundamente a detectar las insuficiencias y participar en la búsqueda de soluciones. El es co-responsable del proceso educativo y de su propia formación.

Conclusiones.

En resumen, perseguir y alcanzar un nivel determinado de calidad en la educación se encuentra íntimamente unido a los componentes y fines tanto cognoscitivos, humanísticos, como sociales presentes y actuantes en su interior.

En relación con ello el perfeccionamiento de la educación y la elevación de la calidad de esta última debe asociarse no tanto al cambio de los planes y programas docentes como a la transformación de la mentalidad, lo mismo de los docentes como de los alumnos, y a la adecuación entre las necesidades de toda la sociedad y los ofrecimientos y realizaciones que la educación ha logrado implementar.

Para ello se debe asumir una posición realista, que se sitúe en las condiciones sociales que objetivamente impactan y condicionan el devenir educacional, y que a la vez reconozcan y empleen a la educación como importante factor del desarrollo de la sociedad. Como muestra de ello en estos momentos, en el contexto de la actual crisis económica internacional, el informe de seguimiento de la Educación para Todos en el año 2010 de la UNESCO ha reconocido que: “Los sistemas educativos de muchos de los países más pobres del mundo están sufriendo ahora las consecuencias de una crisis surgida en los sistemas financieros del mundo desarrollado. Después de un decenio de progresos alentadores, se corre ahora el peligro inminente de que se detengan los avances hacia la consecución de los objetivos de la educación, o de que se produzca incluso un retroceso” (UNESCO, 2010 a), 6).

En nosotros mismos se encuentra el potencial ilimitado de potenciación de variantes y esfuerzos para hacer avanzar la educación y la sociedad. Ello se correlaciona también con las más profundas y personales motivaciones éticas. Se ha dicho que la cuestión consiste en despertar al hombre dormido en el fondo de cada hombre.

Pero esto requiere, entre otros, de al menos un presupuesto, que es el de la coincidencia entre ciencias sociales, educación y sociedad.

Partimos del distanciamiento espacial de estos tres elementos en forma de triángulo. Únicamente hasta que su superposición nos indique la existencia de un solo punto convergente, integrado y firmemente vertebrado por la figura del ser humano como fin último y prioritario de todo lo que merezca el calificativo de racional y justo, no debemos estar satisfechos ni detenernos en este bregar.

Bibliografía.

Gadoti, Moacir. 1990. *Uma só escola para todos*. Editorial Vozes, Petrópolis (Brasil), 232 P.

Gago, Antonio. 1989. La Universidad de nuestro tiempo. En: *Simposium Nacional. Educación Superior y Desarrollo*. Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz (México), p. 34-45.

Graham-Brown, Sarah. 1991. *Education in the developing world: conflict and crisis*. Longman Publishing, New York (U.S.A.), 145 P.

Martí, José. 1961. *Ideario Pedagógico*. Imprenta Nacional de Cuba, La Habana (Cuba), 168 P.

Ramiro, Manuel. 2008. Pertinencia y nuevos roles de la educación superior en la región. En: *La educación superior en América Latina y el Caribe: diez años después de la Conferencia Mundial de 1998* [on-line], descargado: mayo 3 de 2009, IESALC (Venezuela), disponible en: http://www.iesalc.unesco.org/ve//dmdocuments/biblioteca/libros/A_diez_a%C3%B1os_de_la_conferencia_mundial_Version_completa.pdf

Roy Singh, Raja. 1992. Cambiar la educación en un mundo que cambia. Revista *Perspectivas*, UNESCO, París (Francia), No. 81, p. 6-12.

UNESCO. 2010 a). *Informe de seguimiento de la EPT en el Mundo. Resumen* [on-line], descargado: noviembre 22 de 2010, París (Francia), disponible en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0018/001865/186525S.pdf>.

UNESCO. 2010 b). *Informe mundial de la UNESCO* [on-line], descargado: octubre 15 de 2010, París (Francia), disponible en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0018/001847/184755S.pdf>.